



LOGROÑO



SEGOVIA



TENERIFE



OÑATE

grupos en todos los puntos de España se han puesto al trabajo. En todas las provincias, casi en todos los pueblos, hay ahora personas interesadas en descubrir y conservar nuestras viejas danzas y canciones, a punto de perderse para siempre. Se abren las arcas que guardan las antiguas alhajas, las faldas de paño, las medias bordadas y los viejos encajes. Porque, además, lo que se pierde ahora, perdido está para siempre. No es, la nuestra, época en que se posen fácilmente las tradiciones. La tradición se hace como el vino en una botella cerrada, y nuestro mundo se comunica ya demasiado fácilmente: los sitios antes más lejanos ven en la misma noche la misma película, el mantoncillo negro de una madrileña sólo está separado de la gorguera blanca de una mallorquina por dos horas de avión, y a una muchacha catalana le sale más barato copiar un traje de última moda que la amplia falda de seda y los mirones de encaje negro que llevaron sus abuelas.

Cada grupo regional alcanzó un nivel de perfección, de buen gusto, sorprendente, teniendo en cuenta, sobre todo, el carácter no profesional de las cantantes y bailarinas. Fué muy difícil para el Jurado conceder los premios, ya que todos merecían el primero. Por último, las elegidas fueron las de Lérida, del grupo de danzas, por la gracia de sus evoluciones, como una fiesta mayor del XVIII, y las de Astorga, del grupo de coros y danzas—las Maragatas—, por la pureza antigua de su baile y su música, la belleza de su atavío—cabezas pesadas en rojo y cuerpos negros—y esa presentación inolvidable cuando el telón subió sobre cuarenta estings inmóviles.

LUIS ESCOBAR